

Declive comercial y de población de Cabra desde
1950

Manolo Garrido Palacios

Mi relación con todo lo que he escrito directa o indirectamente sobre Cabra, si bien escaso, siempre ha tenido la huella que lo sentimental presta a lo romántico y ha estado marcado por esa visión llena de contradicciones en las que a muchos nos sitúa la distancia a nuestro lugar de origen, víctimas de un juego maligno de proporcionalidades directas.

Ahora, sin embargo, quisiera centrarme en una reflexión diferente. Con ánimo de tener cierto rigor histórico y estadístico, he decidido acercarme a mi pueblo desde la perspectiva que me impone una constatación incuestionable y puede que hiriente: la desaparición de su tejido comercial –siempre precario– desde la década anterior a mi infancia hasta la actualidad.

Son diversos los enfoques sobre este tema que he barajado. Quizás el único dato concreto en que basarme fuera la sangría migratoria que las condiciones socio-económicas impusieron a muchas familias y que marcaron la evolución de tantos pueblos como el nuestro.

He de advertir, llegados aquí, que he optado por basarme casi exclusivamente en mi memoria. He estado a punto de consultar *grandes fuentes* que me informaran de manera analítica y científica de todos estos procesos, pero finalmente he decidido que mi pueblo merecía un esfuerzo, nuevamente, que ligara memoria y sentimiento, prescindiendo, en este caso, de datos relativos a la comarca, a la provincia y la región, aunque nos recordaran, dolorosamente otra vez, el capital humano, que no económico, aunque también, que las circunstancias han ido dilapidando con el tiempo a costa de nuestros más que evidentes potenciales. Si hago un repaso rápido de gentes que coincidimos de manera esporádica, todavía me crispera más esta cuestión.

De la premisa inicial, de la que pretendía apartarme no volviendo a caer en ese enfoque que me sale cuando escribo de Cabra, creo que me

voy alejando. Es inevitable que lo que a continuación seguirá, aún por definir, quede impregnado por la pátina que su nombre deja en mis exposiciones, en adelante vivencias.

A partir de ahora debemos situarnos en el tiempo. Conseguría cumplir el objetivo que persigo si alguien nacido con posterioridad a 1970 llegara a leerlo íntegramente. Estoy pensando en mi hermana pequeña. El posible lector está excusado de conocerla, pero valga su fecha de nacimiento como referencia de un límite que nos separa. Que nos separa y que posiblemente nos divide. Aunque también pienso que todos los nacidos en estas sierras tenemos algo especial. Os lo aseguro.

Como decía, el paseo al que ahora os invito tiene que ver con los establecimientos comerciales que existían en mi infancia y que han ido progresivamente desapareciendo. Algunos nuevos han ido surgiendo –mínimos– pero el balance, pasados los años, nos indica que algo no funciona.

Centrándome en el número de habitantes que Cabra tenía en la década de los cincuenta, sin ningún rigor, ni rubor, puedo aventurarme a decir lo siguiente:

Hubo unas fiestas de *San Miguel* (29 de septiembre), de un año difícil de precisar dentro de aquella década, cuando no pagaban la entrada al fútbol ni las mujeres ni los niños, que se hicieron casi 12.000 pesetas de caja, a razón de 3 pesetas la entrada/hombres, en la *Era de San Sebastián*, cuando el *Once Azul* tenía presencia en la provincia.¹

Aquí hay un dato que no cuadra, o teníamos visitantes de toda la comarca y/o provincia y provincias limítrofes (lo que no deja de ser posible dada la importancia –última fase– de la devoción provincial al Santo Cristo) o el número que arrojan los datos de la época son totalmente inexactos.

Si dividimos el monto de aquella recaudación entre el precio de la entrada de los que pagaban, nos indica que había 4.000 asistentes con *obligación de pago*, que eran hombres. Es de suponer que el número

¹ Según información del cajero del equipo de fútbol en aquel tiempo, Eduardo Garrido del Castillo. Puede que la memoria lo traicione, pero hace mucho tiempo que viene reivindicando la veracidad de estas cifras

de mujeres era testimonial y que los niños, como mandaba la época, no pagaban.

Lo anterior lo expongo para abrir un interrogante gigantesco en lo referente al número de habitantes de Cabra en los cincuenta. Sobre todo cuando los datos máximos que se han manejado no se acercan, ni de lejos, a la posible cifra que del fútbol se infiere².

No pretendo aquí, ahora, reivindicar datos diferentes a los que los estudiosos y las instituciones proponen para aquel tiempo. Mi intención es fijar, como hipótesis fundada, otro posible número de habitantes y su repercusión, evidente, en el marco económico-comercial de una Cabra que bajo otras condiciones habría evolucionado de manera muy diferente.

A partir de esos datos, cuya fiabilidad relativa admito, me atrevo a afirmar que en la década de los cincuenta Cabra rondaba entre los 7.000 y los 8.000 habitantes. Sirva de referencia el tejido comercial de entonces y su comparación (aunque bajo condicionantes distintos) con la situación actual.

Esto no deja de ser una opinión, casi deseo, totalmente discutible, que me recuerda que estábamos en el buen camino pero no pudimos.



Dentro de lo que mi memoria alcanza (niñato bien criado –¡uf!– de los sesenta) intentaré echar mano de los elementos que configuraron entonces, y en años anteriores y posteriores, el tejido comercial de Cabra.

El centro comercial por excelencia era la tienda de *los Ortega(s)*, que

Anuncio del programa de fiestas de 1943³

² Aquella cifra ha sido obtenida a partir de una fuente que me merece la máxima credibilidad, especialmente en lo relativo a datos numéricos: Eduardo Garrido del Castillo, mi padre.

³ El anuncio de tejidos *Ortega* y de jabones *Moya* aparecieron publicados en el programa de fiestas de 1943. El resto de anuncios son del programa de fiestas de 1972. Gracias a la colaboración de Ramón López Rodríguez he podido ilustrar este artículo con los anuncios de aquellos programas.

funcionó en los años sesenta (me consta que también anteriores, hasta perderse la memoria de los actualmente vivos) como centro de crédito, pues no en vano disponían de la holgura económica en que los situaba su posesión de tierras y la correduría de algún banco. Ahora sigue existiendo. Su actual gerente, Alfonso Ortega, se ha propuesto, supongo, mientras viva, mantener abierto el negocio centenario de su familia. Cuando paso cerca y lo veo abierto todavía –Alfonso, gracias– no dejo de tener la tendencia de entrar a comprar algo, aunque sus mínimas existencias no entiendan ya de modas.

Comercio, éste, claramente en declive y que resiste todavía –quizás para mi exclusivo y personal deleite– reivindicando su memoria como tienda decana y heredera moribunda de lo que fue el futuro comercial de Cabra.

Contaba mi bisabuelo Juan Cózar, *Correiche*, que su primo Juan Ortega , iniciador de la saga, aprovechó la subida coyuntural de los paños —que tenía previamente comprados y almacenados— cuando un incremento de precio inesperado vino a darle el empujón definitivo a su estabilidad económica .

Es a partir de esta tienda cuando puedo construir el mapa comercial de Cabra de aquellos años y posteriores. También, por referencias, me sirve para los anteriores.

Tomando como eje lo que sería el centro económico del pueblo, referido al tejido comercial de principios del pasado siglo, me atrevo a decir que la estructura comercial de aquella época —como mínimo a nivel de oferta de productos— superaba a los pueblos del entorno, debido al gusto refinado que introdujo el médico Arturo Cerdá y Rico en la localidad, lo que se refleja en el cambio que sufrieron las viviendas, sobre todo en el centro del pueblo, donde mejoraron en breve plazo su aspecto exterior y, por ende, interior.

A partir de esta moda de relativo lujo que marcó Cerdá, como camino a seguir por los aspirantes a clase distinguida, se fraguaron los intercambios de locales entre la antigua casa parroquial y la antigua tienda de Ortega y que llegaron a desembocar en la actual ubicación de este comercio.



Al hilo de esta tienda señera, seguramente establecieron local fijo los recoveros, cuya transacción comercial se centraba en cambiar productos manufacturados por productos naturales con la gente de los cortijos, incluido el margen comercial de la operación.

Heredera de este comercio, sería la tienda *Tejidos Ríos* o del *Recorrido*, depositaria de las actividades que desarrollaron sus antepasados en torno a aquellos intercambios. La ubicación primigenia de este local me consta en la calle Horno Bajo, 15. Todavía recuerdo la persiana metálica en una de las ventanas de aquella casa, aunque nunca llegué a ser testigo de su actividad comercial.

He querido destacar especialmente los comercios que todavía siguen manteniendo una actividad al ralentí, pero que vienen de lejos y se mantienen, con orgullo, prestando servicio. Los demás han ido sucumbiendo en un chorreo imparable, inadvertido, tipo crónica de una muerte anunciada, hasta cesar su actividad. Los antecedentes hay que buscarlos en una razón doble:

Superados la necesidad de comprar a plazos –referida a los tejidos, ropas, ajuares y juguetes en Navidad– y el obligado aprovisionamiento de comestibles *fiados*, que ataron a generaciones enteras con sus tenderos, la bonanza económica que vino a partir de los sesenta nos abocó a negar a nuestros protectores inmediatos y empezamos a dejarnos seducir por las ofertas de los mercadillos semanales, que acabaron de asfixiar el comercio interior. *La carretera* remató el comercio que subsistía a duras penas y que, a fuerza de no poder competir con aquellos precios tan ajustados, languideció hasta morir.

La segunda fase, muy posterior, vino con la facilidad de compra de coches, o lo que es lo mismo, con la posibilidad razonable para endeudarnos. Una vez que tuvimos autonomía automovilística, se convirtió en signo de absurda distinción el desplazamiento ligado al ocio y a las compras. *Vestía* más comprar en *Galerías*, *Gangas* o *Simago*, en Jaén, o *El Métrico* y *Marcelino*, en Úbeda, que en las tiendas de Cabra.

Pueblos, hoy ciudades, como la citada Úbeda, han vivido un segundo renacer –el primero estuvo ligado a nuestra salud con las visitas periódicas a los médicos especialistas– debido a su renovada oferta comercial, en forma de grandes superficies. Los analistas de estas empresas no dejan de sorprenderme pues sus proyecciones de mercado siempre aciertan, como lo demuestra el gran centro comercial abierto recientemente en Linares, que si se lo propone hará mucho daño al tejido comercial de Úbeda.

En ese sentido, esto se asemeja a la evolución comercial de Cabra desde antiguo. Las ofertas más atractivas, con precios más competitivos y paradójicamente con márgenes comerciales más amplios, se imponen, es inevitable.

No intentar, o no poder ir con los tiempos se paga a un precio alto. Hay que reconocer que en el caso de Cabra, su despoblación creciente ha sido determinante en la asfixia de su comercio. Prueba de aquélla es, haciendo un recuento rápido de los compañeros de mi último curso de E.G.B, que alrededor del 90% no residimos hoy allí



Puede que el punto de inflexión lo marcaran la crisis de los hilados del esparto. La antigua orujera – supongo que su nombre es anterior a los hilados, que llegué a conocer viendo bajar a los *hilaores* barranco abajo, cuando no estaba cubierto– sucumbió sin remedio. Entonces la dirigía don

Joaquín, quien en una concentración inusual de actividades en una misma persona, era también veterinario, delegado de la Caja de Ahorros de Granada y delegado de Butano –no sé si todo a un tiempo– cuando las botellas naranjas empezaron a sustituir a las azules, mucho más pequeñas e indefensas.

Cuando la crisis del esparto, que no pudo llegar a competir con el plástico, muchos hiladores se quedaron sin trabajo. Los *guiteros* eran legión. Se vieron afectadas familias enteras. Entonces en Cabra, se produjo el primer gran éxodo. Fueron los tiempos en que un familiar abría brecha en tierras extrañas y los demás lo seguían. Remotamente

recuerdo los viajes de enseres y personas en los camioncitos de Juan de Dios Justicia y Pepe Bedmar.



Aquí podemos centrar el origen de la debacle imparable que ha sufrido el comercio de Cabra. La pérdida de población fue un mazazo para las industrias de corte familiar. Las referencias de nuestros mayores y los anuncios

todavía existentes en las fachadas –azulejos con letras– nos recuerdan un pasado que quizás auguraba tiempos más prósperos. Valgan de ejemplo la fábrica de chocolate (he sido testigo de los azulejos con la inscripción hasta hace poco tiempo), la fábrica de sucedáneos del café "el 55", que regentó mi abuelo –Manuel Garrido Valenzuela– y cuyos



azulejos, todavía existentes, están blanqueados, y la fábrica de jabón – de José Poquito y su madre– de la calle Real (actual casa de Rafael Ochoa). Eso por citar casos que en otros lugares desembocaron en industrias florecientes y exitosas. Quizás también habrían llegado lejos

las elaboraciones de pasta casera –fideos– de familias que iniciaron, mucho antes de mi nacimiento, aquella actividad.

Aunque Cabra siempre se caracterizó por la concentración de grandes fortunas familiares, esto no tuvo nunca consecuencia directa en la dinamización de la vida económica. Supongo que debido a la mentalidad rentista de los grandes propietarios y a su nula vocación inversora.

Debo reconocer, sin embargo, que la lejanía a los polos de desarrollo, a las rutas comerciales, y el aislamiento secular que nos imponían –imponen– las deficientes infraestructuras viarias, no animaron nunca a embarcarse en aventuras de rendimiento dudoso.

Desde la época de la crisis hasta hoy, la única construcción con afán de progreso fue la cooperativa aceitera *Cristo de Burgos*, que nos impresionó con su pretensión de fábrica moderna y eficaz. Al poco tiempo se demostró que la mecanización que comportaba también se cargó bastantes jornales.

Mucho más reciente es la creación de un polígono en el *Moralejo*, en tiempos de Félix González como alcalde.

La nave construida en tiempos del alcalde Juan Carmona, recientemente desaparecido, supuso un tímido intento que no llegó a cuajar. La misma suerte corrió el hotel construido a su lado.

El goteo incesante de familias que marchaban produjo una sangría lenta que se prolongó hasta finales de los años sesenta. En la década siguiente se mantuvo imparable pero a un ritmo mucho más atemperado y con matices quizás menos dramáticos. Hoy Cabra corre el riesgo de convertirse en un pueblo de jubilados.



En este tránsito perdimos muchos establecimientos comerciales. Valga ahora su certificado de defunción:

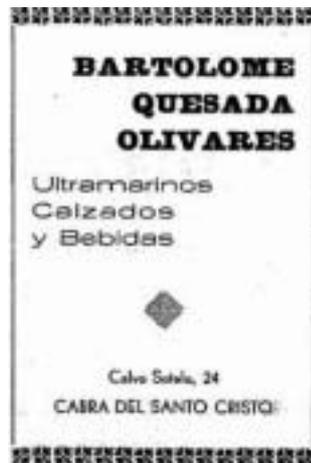
En la calle Cobos: la tienda de Garrido *–mi tienda–* (zapatería, comestibles, perfumería y joyería, entre otras ofertas), la sastrería de Manuel Perea, la barbería de Juan *Paparrón*, la tienda de Ana María *la gorda*, la panadería de Antonio Santoyo (después de Cristobal Río), el bar *Conejo* (reconvertido en su última fase en la tienda-almacén de Juan *Cabila*, que aún mantiene su distribución de bebidas), la panadería de Paco *el pollo*, el almacén de bebidas de Paco Garzón (aunque se entraba por la calle Soto). Hoy subsisten en dicha calle la tienda de Montoro y dos negocios de comestibles: uno, heredero de la última panadería citada y otro de reciente creación (*la Tíscar*). El balance, sólo en esta calle, ya es desolador.

En la calle Real: la tienda de los Vilches, tejidos Juan Moreno (después en manos de su hijo Sebastián), la sastrería de Orea, la

sastrería de Paco Perea, la peluquería de Úrsula Hermoso (inicialmente situada en la Palma), la zapatería de Pedro Cobos, la fonda de *Francisquete*, la tienda de Manolo *el de la luz*, la tienda de Bartolo *Caparranas*, la droguería de Indalecio, la tienda de José *Polinar* y las hijas de Adolfo García con su *tricotosa* (confección de jerseys).



Hoy mantiene una vela comercial encendida, casi anecdótica, la tienda de Ana *la de Tablones*, que fue la de Manolo Fernández (aunque situada enfrente, donde Ana Méndez tiene hoy una tienda de ropa) y que anteriormente fue de Contreras. Aquí el panorama es también desalentador a la fuerza, aunque compensado en tiempos recientes por la tienda de sanitarios y cerámica de los *Rubio(s)*, animadores, desde que recuerdo, del sector de la construcción.



En la calle Santa Ana: casi a la altura de la Feria, en la llamada *cuesta de la amargura*, hay una casa cuyo cierre metálico evidencia que allí hubo un negocio. Ignoro a quién perteneció, pues nunca llegué a verlo abierto. Lo cito porque siempre me atrajo aquella casa.



Adscribiré también a esta calle la tienda de *Barcala*, pues el escaparate de la misma estaba en ella. La panadería de *Abulagón*, heredada por su hija, pero en otra ubicación; la carpintería de *Mojama* (hoy en otro sitio); un pub donde hoy está la tienda de ropa de Quiñones; el molino (después bar del *Pagès*); el supermercado *Marleype* (situado donde estaba el antiguo *Maray* y que fue el primero en utilizar un acrónimo para identificarse – María Leiva y Petra–); los televisores de Diego Fernández; la carpintería de Juan *Correiche*; la fábrica de

chocolate (no llegué a conocerla funcionando) y la tienda de *la Comina* .

La plaza de abastos ha vuelto a cobrar cierto dinamismo, pero lejos de sus días de máximo esplendor con todos los puestos abiertos y una gran afluencia de público. Aquí cayeron honrosamente la churrería de *Romanones*, las lecherías de Fernando *Paparrón* y Miguel López, comestibles Paco Abril, frutas *el Bollero*, pescadería y frutería de Juana *Caparranas*, comestibles Valdivia, verduras y frutas *el Mudo*, carnicería de Encarna y Eulogio y todos los vendedores de productos de sus huertas, que se situaban en la zona central del mercado.

También cerró sus puertas la delegación de Butano —única empresa nacional, junto a Telefónica, Renfe y Campsa, que ha tenido sede en Cabra a lo largo de la historia— y que tuvo dos ubicaciones diferentes en la Calle Santa Ana, separadas en el tiempo por una larga estancia en el local que hoy ocupa la farmacia, en la calle la Palma (la farmacia antes estuvo situada en la calle Soto).

Butano pasó de don Joaquín a su sobrino Antonio Albarracín, recientemente fallecido. Hace un tiempo los herederos trasladaron el negocio a la vecina población de Jódar.

La farmacia de don Isaac pasó a Joaquín Malo, en un traspaso económico que marcó época y que supuso el cambio de ubicación que persiste hasta hoy. Posteriormente ha vivido un nuevo cambio de titular.

Últimamente, esta calle ha vivido un relativo renacer con la reorientación hacia la telefonía móvil de la tienda de Elias Abril, con la apertura de la tienda de muebles de la empresa MR –María Luisa Rubio y José Moreno, otro caso de iniciales–, de una clínica dental y de una tienda de ropa (en los locales que ocupó la Caja de Ahorros de Granada cuando abandonó, durante un periodo largo, la calle principal Soto-Palma).

En la calle Huertas: taller de motos Montoro, taller mecánico de *Manolico* (negocio continuado hasta su cierre por su hijo Manolo Soto y por su nieto Paco Soto), la peluquería de *Cheta*, los hilados de esparto de la orujera, el despacho central de RENFE, la tienda de Diego *Verde*, los hilados de esparto de *los Leales*, talleres Quiñones (hoy en otra ubicación) y bar *Corneta*.

En las calles Soto y la Palma: tienda de tejidos de Celedonio;



quiosco de *Romanones -Nuestra señora de Loreto-* (luego de *Alonsillo* y más tarde regentado por la familia Cano hasta su cierre); recreativos y chucherías *Gurullo* (luego también barbería y finalmente bar *El turronero*, cerrado hace poco tiempo); estanco de *Manolito el practicante* (luego de *Isabelita* Moreno, en otro local) y las hermanas Perea con su máquina de tricotar.

Resiste impertérrita la tienda de Filomena, hoy en manos de su hija Ana Méndez.

En la calle Moya y Virgencica: estanco de *las Sordas* (hoy dirigido por Hipólito, en otro local); tienda de Juan *el de las vacas*; la talabartería de Emilio Garzón; cantina de *Rufo*; tejidos Mateo; tienda de *Joselito* (después regentada por Fernando Rubio); Correos, Telégrafos y Caja Postal (antes situado en la calle Cobos, cuando todavía no era Caja Postal); Teléfonos (Telefónica, que después se trasladó a un lugar menos céntrico, calle San Blas, cuando pasó a ser dirigida por los dueños de la antigua panadería del *Niño Jesús*); droguería de Basilio Vera (*Tijerillas* mantiene la oferta en droguería, mercería y perfumería unos metros más arriba); Cine Paz (antes Salón Prim, después discoteca, nuevamente cine, más tarde pub *Joserma* –segundo caso de siglas– y finalmente *Dompi.com* y restaurante *Herminia*); pub de Paco *Chispas*, cine Benavente (que no llegué a ver en funcionamiento, ni como cine, ni como salón de baile, ni como salón de bodas y sí como depósito de trigo); supermercado Soto –



Precinto para paquetería de la Fábrica de Sucedáneos de café “el 55”, cuyo logotipo fue diseñado por el pintor Alfonso Caro

luego del Molinero– (hoy sede de la empresa de reparaciones electrónicas *Jupery* – ¿tercer caso de siglas? –) y fábrica de cafés *el 55*.



En la zona del parque: recreativos Apolinar, almacén de materiales de construcción de *Amando*, comestibles *el Bollero*, tienda de Paco *el inspector*, modas Carmela, herrería de animales (bajos de la casa de José M^a *el Herrador*), peluquería de *Anita* (que estaba en la actual calle Antonio Machado), peluquería de *María la de Raimundo* (inicialmente en calle Antolino, luego en calle Parras, luego en Pardo Gayoso, hoy Blas Infante).

Resiste, como única oferta de comestibles en esta zona, la tienda de Manuel *el de Sebastiana*, que continúa la tradición de su madre, también seguida

temporalmente por su hermano Bartolo en el quiosco del parque, hasta el traspaso del mismo a *María la Cerci*. Hace poco se ha incorporado Pedro Rodríguez, tras el traslado del quiosco de la plaza al parque.

La droguería y ferretería Núñez vino hace pocos años a paliar el déficit de oferta en el antiguo Barrio La Paz.

La gasolinera pasó desde la casa de Jose María *el Herrador* hasta el ensanche que se hizo para alojarla en la carretera, unos metros más arriba, junto al parque, donde hoy está.

En otro lugar, puede que la piscina de *Frasquito* Díaz hubiera desembocado en un complejo de esparcimiento y ocio. También en otro lugar, el hogar juvenil habría sido eso en lugar de sede del cuartel de la Guardia Civil (el cuartel antes ocupó unas dependencias de dimensiones considerables en la calle Real – hoy pisos– cuando el número de guardias evidenciaba la importancia de nuestra población).

Otros comercios y negocios que también borró el tiempo son:

Transporte escolar y autocar *Nazar* de *Paquito* García, transportes Fausto, transportes Adolfo *el de Martín*, transportes Pepe Lara,

transportes Juan Hermoso y herederos, transportes *Amando*, transportes García Galera (*los Raimundos*), autocares Adolfo Sánchez (cuya línea a Jaén continúa Autocares Orihuela), la línea regular a Granada, los taxis ligados a casi todos los anteriores, distribuciones



Biona (del ex-alcalde Francisco Quesada, trasladada a Úbeda); la tienda de Elvira (calle Herrera); la panadería y tienda de Antonia *la de Pepe Lara* (esta panadería, la más antigua del pueblo –la de *Frasquitillo*–, calle Horno Bajo, ha cerrado este año 2004); el horno de Santoyo (en su ubicación original, en calle Horno Bajo, aunque la antigua cerámica que indica el nombre de la calle se empeña en que sea "Vajo"); la espartería del *Barbas* (calle Padilla); la zapatería de los *Mamanso* de la calle Río, la tienda de Gavilán (en la Feria),

la de Paco Abril (Feria y San Marcos), la del *Caco* (Feria), la de Ramón *el de los higos* (Feria); la panadería *el Niño Jesús*; el molino de la calle Antolino (hoy convertido en los pisos de la calle Parras); la



carpintería de Paco *Segismundo* (calle Antolino), la de los *Rarra* (calle Parras); las vaquerías de Miguel López, *Mangas* – mi suegro–, del *Brígido*, del *Pagès*, de Emilia *la Totovía*, de *Navajillas...*; bar el *Rinconcillo* (en la actual casa de Cultura); los billares de Pepe Caro (calle Herrera); modas Paquita *la Yeya*; la discoteca del *Moralejo* – primera del pueblo y que luego se convirtió en la tornería de Juan José, también cerrada–; bar *Capricho* (Moralejo); espartería de la familia Cano Martos, *Canutos* (que trasladaron el negocio a Baeza), y cuyo emplazamiento dio nombre a la actual calle Espartería (junto a la antigua y actual – desplazada unos metros– ermita de San Blas y

famosa por su pendiente); *El Relojero* (que después se metió a feriante y que vivió en la calle Palma); barbería de Montoro, peluquería de *Anita la de San Lucas* ... y, para rematar mi desazón, el Cine de Verano, que también llegó a albergar una espartería y alguna iniciativa del PPO (Patronato de Promoción Obrera)... y todos los demás que me olvido, aunque no quisiera.

Tampoco puedo obviar el motivo que centró la polémica local de varias décadas: la elección entre vino *Nieto* (distribuido por el ya fallecido *Juanito Chola*) y *Amancio Menchero* (distribuido por Francisco *El Bollero* y cuyo reparto dejó no pocos callos en mis manos juveniles, ávidas de ingresos extras).

La actividad industrial en Cabra ha sido siempre escasa o nula, nunca se ha llegado a la escala que correspondía a un pueblo de sus características. Podríamos haber emprendido sin problemas la senda de Mancha Real o Huelma .

Se centraba –se centra– en el esparto (hoy siguen los herederos de Ramón y Cayetano García, que han introducido también el sisal como fibra) y en el aceite (Cooperativa *Santo Cristo*, que abandonó sus antiguas dependencias en la calle *Cantarranas*, y cooperativa *La Unión*).

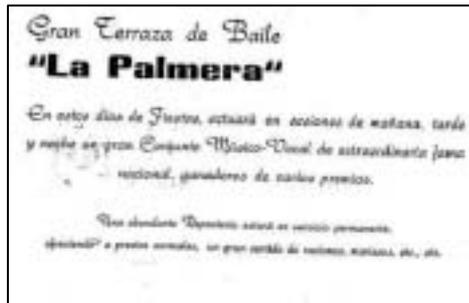
A partir de los setenta, con la irrupción de los talleres de confección, que dieron trabajo a casi todas las chicas en edad de merecer, se amortiguó el impacto en aquellas economías de subsistencia, centradas en la temporalidad de la aceituna y la alcaparra (interior) y la uva y el tomate (exterior). Respecto a aquellos talleres, baste recordar aquí el fallido intento de asociación cooperativa (con sede en la antigua fábrica de aceite de la calle Cantarranas), que no llegó a fructificar y que acabó en los juzgados.



La fábrica de bloques de *los Rubios*, aisladamente, vino a romper aquella tradición que se negaba a las inversiones. También mostró gran esfuerzo inversor, hasta su suspensión de pagos, la empresa *Riegos Asfálticos Soto* (en sus inicios fue

la sociedad Soto Fuentes-López Navarro), que concentró un parque de máquinas, vehículos y herramientas inaudito en la Cabra de la época. Hoy hay un movimiento relativo en el sector cárnico, centrado en la familia Gallardo; en los repulsados eléctricos; en la maquinaria de obras y en los árboles y plantas de vivero.

Otro sector tradicionalmente animado ha sido el de la hostelería y el ocio, cuya historia está repleta de cambios rocambolescos en la propiedad de los negocios: lo que una generación había perdido, la siguiente lo recuperaba parcialmente.



La sociedad formada en la discoteca del *Moralejo* derivó en dos nuevos locales de trayectoria desigual. El primero fue el antes citado pub de *Chispas* y el segundo fue la discoteca *la Palmera* (anteriormente terraza de verano dirigida por Pepe Tello),

objeto de las preferencias juveniles de forma cíclica. La zona donde se ubica vive un resurgimiento con la construcción del nuevo pub *Maray*. En el camino se quedó la discoteca-pub que hubo en los sótanos del actual bar *Jardín* – el “*Arcajata*”– (antes situado en la Cruz).

Animador del sector hostelero y comercial por méritos propios a lo largo de estos últimos tiempos, ha sido Manuel García Molina, *el Macarra*, que desde el bar *Manolo* intentó diversificar la oferta local en banquetes (en una cochera que hoy es la droguería del parque), pasó a convertir el cine Paz en local de copas (disco-pub *Joserna*, hoy *Dompi.com*), que abrió el primer supermercado *Komo-Komo* (hoy propiedad de Rafael *Caparranas*), que abrió puestos en la plaza de abastos, montó una discoteca de verano en San Antonio y que actualmente dirige el complejo *Vergilia* en la carretera de la estación. Así mismo, hay que reconocer los esfuerzos en la mejora de la restauración local y los banquetes de boda llevada a cabo por el restaurante *Casa Herminia*, propiedad de Diego Fernández (que también dirige *Distribuciones Fernández*, heredera comercial del ya

citado almacén de bebidas de Paco Garzón Garrido, que estuvo en la calle Soto).

También marcó época el pub de *la Rubia*, hoy pub Laura (*El Juanito*), que recientemente ha vivido un nuevo cambio de dirección.

La evidencia de la despoblación creciente se refleja en el cuadro sobre los vaivenes de población que, según el Instituto Nacional de Estadística, ha tenido el pueblo a lo largo de la pasada centuria y principios de ésta. Debo advertir que los datos que defiendo en la década de los cincuenta son superiores a las cifras oficiales para aquella época:

Año	número de habitantes
1900	3.967
1910	4.823
1920	5.773
1930	6.605
1940	5.713
1950	6.454
1960	5.568
1970	3.303
1981	2.643
1991	2.094
1.992	2.334
1995	2.388
1996	2.280
1998	2.249
1999	2.275
2000	2.250
2001	2.229
2002	2.247
2003	2.238
2004	2.278

Como se puede observar, el ritmo ha sido creciente hasta la Guerra Civil: en la década que va desde 1930 hasta 1940, se pierden casi 900 habitantes.

La población se vuelve a recuperar entre 1940 y 1950, con un incremento de 741 habitantes. Es a partir de entonces cuando el

declive ha sido monumental, con una pérdida hasta los años noventa de más de 4.000 habitantes, a una media de 100 habitantes por año. La emigración de los sesenta hizo que se llegara a la década siguiente con una pérdida de 2.265 habitantes, casi 227 personas de media abandonaron Cabra cada año en aquella década sangrante. Entre 1970 y 1980 se perdieron la nada despreciable cifra de 660 habitantes, no quedándose a la zaga las 549 personas que abandonaron el pueblo entre 1981 y 1991. A lo largo de los últimos años, la situación se ha estabilizado en torno a una cifra algo inferior a 2.300 habitantes –eso si obviamos la posible diferencia que pueda haber entre los residentes y los empadronados–.

Volviendo al comercio, debo decir, con cierto dolor, que aquellas tiendas (salvo contadísimas excepciones) se caracterizaron por su extrema cutrez, lo que me hace recordarlas con más cariño si cabe. La inversión en la remodelación de bienes muebles e inmuebles era impensable en aquellos años. La Fiscalía de Tasas y su implacable brazo municipal garantizaban con celo desmedido, casi obsesivo, que los precios no superaran los márgenes oficialmente establecidos y eso convertía los beneficios en ridículos, permitiendo, simplemente, ir tirando a duras penas.

Valga todo lo dicho aquí para rendir homenaje a nuestro viejo comercio y a las gentes que lo hicieron posible, de las que tan directamente formé parte. Sirva también como homenaje a todos los que tuvieron que abandonar el pueblo en contra de su voluntad.

Mi intención, es obvio, no era revelar ningún gran descubrimiento. La constatación de estos hechos no requiere especial perspicacia. Simplemente es un ejercicio de memoria que pretende invitar a la reflexión, pero si esto no consiguiera, me conformo con lo que su escritura me ha hecho disfrutar, aunque al final me deje este poso tan cercano a la tristeza.